

PRÓLOGO

En el eterno debate sobre la mayor o menor relevancia de los líderes, de los “grandes hombres” en la historia, existen, simplificando un poco, dos posiciones extremas: la primera, de clara estirpe historicista, acentúa las estructuras, los grupos colectivos y, en general, las fuerzas impersonales de la historia; la segunda, individualista, pone el énfasis sobre la acción individual de los líderes, en el acontecer histórico.

El historicismo, a su vez, se divide en dos vertientes: pesimista y optimista. El historicismo pesimista y/o escéptico, siguiendo una conocida parábola de Tolstoi, ve al líder como el orgulloso y fuerte carnero, que cree, firmemente, que su papel es ser guía del rebaño y los que van tras él, así lo creen. En realidad, todos, líder y rebaño, van felices, alegres e inconscientes hacia el “matadero”, según los planes, inescrutables para ellos, del “pastor de la historia”. En la vertiente optimista del historicismo, de raigambre hegeliano-marxista, el mismo carnero lleva, inexorablemente, al mismo rebaño hacia un estadio superior de organización social: la mítica sociedad perfecta, el “reino feliz de los tiempos finales”, la edad de oro, al final de la historia. La creencia profunda en este mito creó, trágicamente, las condiciones, en este siglo, para el sacrificio monstruoso de millones de seres humanos. Dentro de esta perspectiva, el líder puede con su habilidad, recortar el camino, acelerar los tiempos, pero no puede modificar el curso fundamental de la historia. En el extremo individualista, frente a este mito de la historia, se crea el mito y el culto del héroe. Se hipertrofia el papel taumatúrgico del “gran hombre” y la historia se subsume y disuelve en la biografía de una casta de “superhombres”. Esta visión del mundo (“*weltanschauung*”)

se encuentra, en su tipo más puro, en el pensamiento del fascista, “*avant la lettre*”, Thomas Carlyle, quien afirmó: “La historia no es otra cosa que la biografía de los Grandes Hombr**e**s”.

A los “antiguos” desde, por lo menos, Aristóteles, les gustaba repetir : “*in medio stat virtus*”, que, en América Latina, podría traducirse, un poco vulgarmente: “ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre”. En efecto, entre los extremos historicista e individualista, me encuentro entre aquellos que creen, como Alexander Herzen, que “la historia no tiene libreto” y es la compleja resultante de la interrelación sistémica o dialéctica (según los gustos ideológico-filosóficos) entre el líder y sus orteguianas “circunstancias”. Churchill, a mediados de los años '30, era un hombre políticamente “acabado”, como le dijo Lady Astor a Stalin. En su propio partido, era un incómodo y marginado “profeta del desastre”. Sin la peculiar “circunstancia” de la II Guerra Mundial, Churchill nunca hubiese llegado a Primer Ministro de su Majestad. De Gaulle, en 1946, se retiró en su casa de la pequeña aldea de Colombey les Deux Eglises y, por doce años, Francia se olvidó de él. En mayo de 1958, en medio de una gravísima crisis político-institucional —desatada por un sector de las fuerzas armadas, que, descontento por el manejo de la guerra en Argelia, intentó un golpe de Estado— De Gaulle fue llamado, de urgencia, para salvar la patria. Sin la crisis de Argelia, De Gaulle, difícilmente, hubiese sido presidente de Francia. Sin la derrota del ejército ruso, en la Primera Guerra Mundial, que creó las circunstancias para la revolución, es muy probable que Lenin hubiera muerto como un oscuro y fracasado revolucionario, en el exilio.

Dentro de este orden de ideas y “provocado” por el estimulante trabajo de Alejandro Maldonado Aguirre: *Bolívar, el acierto del estadista y el fracaso del político*, permítaseme hacer algunos comentarios sobre Bolívar y sus circunstancias. Bolívar supo aprovechar las oportunidades que el sistema internacional de su época le presentó, y así lo advierte lúcidamente Maldonado cuando nos dice: “Obsérvese que Bolívar sabía las condiciones del momento y no las dejó pasar”. Todo “sistema” es una totalidad de partes en interrelación, el Libertador lo

comprendía y siempre se mantuvo atento a los acontecimientos internacionales, para utilizarlos en función de sus propósitos. Las circunstancias de Bolívar fueron las guerras napoleónicas, el Congreso de Viena, la Restauración en Francia, la Santa Alianza, la Doctrina Monroe y la gran expansión imperial y comercial británica. Fue precisamente en la Gran Bretaña que Bolívar, desde su misión diplomática a Londres en 1810, buscó y encontró el apoyo externo, para el logro de sus objetivos independentistas. Obviamente, la Gran Bretaña lo hizo, básicamente, en función de sus propios intereses, pero Bolívar entendió que eran intereses, relativamente, compatibles con los propios. Además, como nos enseña Santo Tomás, el gran “doctor” de la iglesia: “hay que escoger, a veces, entre un mal mayor y un mal menor”. Entre las monarquías absolutistas de la Santa Alianza y la Gran Bretaña liberal, tanto Bolívar como Francisco de Miranda, el “precursor” de la Independencia latinoamericana, no tuvieron dudas sobre cual era el mal menor.

Si la gloria de Bolívar está íntimamente ligada a su espada, su “permanencia” está en su pluma. La vigencia y actualidad de lo que escribió y afirmó, entre otras cosas, sobre la esclavitud, la democracia, la educación y la integración latinoamericana, han crecido con los años, “como crece la sombra cuando el sol declina”, como proféticamente predijo Don José Choquehuanca. La enorme grandeza del estadista Bolívar fue comprender, con doscientos de años de anticipación, el imperativo de la integración latinoamericana. Bolívar sintió la necesidad de la “fusión” en la época de la “fisión”, tenía una visión continental, en el tiempo de los “parroquialismos”, de los pequeños caudillos localistas y de los políticos con “p” minúscula. En las “orteguianas circunstancias” de este fin de milenio, es urgente, justo y necesario que la bandera de la unidad latinoamericana sea colocada en lo más alto de nuestra escala de prioridades. Pero hay que quitarle el tufo típico de la tradicional verborrea retórica. Demasiados latinoamericanos afirman, hipócrita y melosamente, la hermandad de nuestros países pero, a cada rato, refuerzan los mutuos prejuicios y rencores, que plagan nuestro continente y, para colmo, están dispuestos a “sacar la pistola”, a la primera escaramuza fron-

teriza. Los franceses y alemanes, por siglos, se han degollado mutuamente, con gusto y eficiencia; no se les ocurriría la ridiculez de llamarse hermanos y, definitivamente, no se aman. Sin embargo, han entendido que les conviene ser socios. Hay que convertir a la integración latinoamericana en un verdadero imperativo político, que hay que internalizar como existencial, si los latinoamericanos queremos mantener un proyecto histórico relativamente autónomo, en el próximo siglo. Una región latinoamericana viable, tendría el peso económico y geopolítico suficiente para enfrentar, menos asimétricamente, el necesario diálogo con las otras macrorregiones del orbe. Ha llegado el momento de reivindicar a Bolívar, pero en los hechos concretos y no en la retórica vacía del pasado. “No nos juzgues Bolívar antes del día último”, decía Miguel Ángel Asturias, en su inmortal “Credo”. Para América Latina, el día último está cerca.

Sadio GARAVINI DI TURNO*

* Doctor en Ciencias Políticas y embajador de Venezuela en Guatemala.

I. ESTADO Y PODER

1. *La tarea del sabio*

La diversa valoración que la vida y la obra de Simón Bolívar han tenido, y que ha sido hecha desde tantas perspectivas, parecería agotada a estas alturas, por lo que será muy poco lo que pueda agregar al conocimiento del personaje, a quien se ha visto en todas sus actividades, hasta la más íntimas y en rigor infranqueables, y en todos sus matices; siendo el aspecto aquí abordado —el de estadista— uno de los más comúnmente tratados, sin tener el presente más originalidad que la apreciación personal —y que por lo sucedido a otras biografías notables, tampoco es motivo de asombro— de contrastar el acierto del estadista con el fracaso del político, o sea, la muy corriente incoherencia de que el talento visionario no vaya acompañado del pragmatismo para alcanzar el poder, o para retenerlo, con el fin de reconducir la historia; y es porque la verdad, que es la tarea del sabio, no se acomoda con la astucia, que es la corrupción de la inteligencia política, pues así como se deforma el técnico por el tecnócrata, también el estadista es suplantado por el oportunista. No era hombre para un periodo electoral, “mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro”,¹ como decía la expresión martiana.

Es precisamente Martí el que exclamaba: “porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene

¹ Martí, José, *Bolívar, San Martín y Washington*, Argentina, Kapeluz, 1944, p. 11.